



LAVA

1. SILENCIO

LuCa Ayres

Aquella noche algo no fue como de costumbre. Los perros no ladraron a las ocho de la noche, como de costumbre. Los gritos no ocurrieron, como de costumbre. Las maldiciones no se escucharon, como de costumbre. Las amenazas tampoco fueron hechas, como de costumbre.

Los vecinos ya esperaban lo de siempre, pero esta vez todos estaban sorprendidos. Silencio. Todo estaba en silencio. No tiraron botellas al suelo. No se cayó ningún plato. Cualquier cosa. Todo en paz. Muy raro.

Alzira, del 603, llamó al señor Renato, del 605. Quería saber si él también escuchaba el silencio. El señor Renato estaba intrigado. No contenta, Alzira llamó a la conserjería y le pidió al portero que llamara al número 604. El portero no aceptó la petición porque no había razón para ello.

Una hora más tarde el silencio continuaba. Tanto a los vecinos de arriba como a los de abajo les resultaba muy incómodo. Tanta paz durante tanto tiempo era muy inusual.

Alzira volvió a llamar al señor Renato. Invitó al vecino a tocar la puerta juntos. La paz había reinado en el aire durante casi dos horas.

Renato aceptó la invitación y juntos tocaron la puerta del

604. No hubo respuesta. Insistieron durante quince minutos. Nada.

Volvieron a llamar al conserje. Querían comprobar si por casualidad los vecinos del 604 habían vuelto. El portero dijo que no recordaba haberlos visto entrar al edificio. De hecho, ni siquiera recordaba si habían salido. Todo fue muy extraño.

Así que decidieron unirse los vecinos del 704, 304, 603 y 605. Volvieron a su puerta. Golpearon un poco. Habrían gritado los nombres de los inquilinos, pero no sabían cómo se llamaban. Golpearon la puerta con fuerza. Nadie atendió.

Fue entonces que decidieron echar abajo la puerta. Ese silencio ya era insoportable. Todo en esa noche se sentía extraño con aquella quietud.

Varios vecinos tomaron impulso y golpearon la puerta con todo el su cuerpo. Nada. La puerta apenas tembló. Arremetieron de nuevo. La madera pareció crujir. A la tercera embestida, la puerta cayó revelando la escena. Ahí estaban, tirados en el sofá.

En esa noche silenciosa, antes de iniciar la guerra diaria, ella decidió que sería su última batalla. Decidió que, si no había escapatoria para ella, él tampoco la tendría. Y así, con el vino más caro y un poco de somnífero, brindaron por última vez con sus copas más finas. Él se durmió pronto. A continuación, ella abrió el gas de la casa, cerró los ojos, besó en la frente a su marido muerto y nunca volvió a abrirlos.

Por primera y última vez esa noche no se pelearon. No discutieron ni gritaron. Esa noche él no le pegó. Esa noche ella no pidió ayuda en vano. Esa noche estuvieron en paz. En silencio. Una paz y un silencio que inquietó a todo el edificio.

2. RENACIMIENTO

Laura Díaz Sanjur

—¿Aló?

—Le saludamos de Correos y Telégrafos y le llamamos porque ha recibido un telegrama para que lo pase a buscar.

Partí con esas premisas. Suena el péndulo. El reloj análogo marca las 3:45pm de la tarde del 26 de mayo de 2023 en la estafeta. Cerrarán pronto. El manubrio antiguo rechina al cerrarse la puerta detrás de mí. Cada paso que doy hace crujir la madera, fotografiando mi ayer. Destellos diagonales de luz atraviesan las aperturas de las persianas y van intercalando luz y sombra entre mis pies sobre el añejo suelo rústico. Escucho las aspas de un abanico que se mueve de lado a lado. De repente empieza a caer un aguacero. Desde el mostrador veo un sistema arcaico de cartones, fichas amarillas y casillas de correo.

—Joven, me llamaron diciendo que había un telegrama para mí.

—Efectivamente, sí le llegó uno.

Me entrega el mensaje. «Hoy, 25 de mayo de 2023 registré que escribí una palabra separada en vez de junta. También pregunté: “¿Va a llover?” en vez de “¿A qué hora acaba la visita?” En el 2008 me gradué de la escuela en la que me divertí tanto y en el 2011 nació mi querida compañera de vida. Un abrazo apretado, ayer». Intento ordenar la realidad y tratar de entender, pero me habita la incertidumbre sin diluirse. Percibo sensaciones de

diferentes dimensiones. Abro mi libreta de bolsillo, escucho un «Nos vemos mañana» y me voy a casa. Al día siguiente recibo la misma llamada y voy a la estafeta a la misma hora.

---Joven, me llamaron diciendo que había un telegrama para mí.

---Efectivamente, sí le llegó uno, pero no ha sido transcrito todavía.

---Puedo esperar para que me lo transcriba, por favor.

---Señor Fernández, estamos por cerrar pronto.

---Joven, de verdad se lo pido, por favor.

El chico empieza a transcribir y luego de unos minutos, me entrega el mensaje: «Hoy, 26 de mayo de 2023 recibo mi último telegrama. Sé que es el último porque recuerdo haber tenido algo que registrar y haberlo olvidado. En casa ya no quieren que venga más, aunque sea mi única distracción del día. La memoria es como algo que viene en capas, ayuda a conocer el pasado para comprender el presente. Pasé de escribirme en la mano a enviarme telegramas para por lo menos salir de casa y ver gente. Todo saldrá bien. Tu receptor y destinatario, yo». Destellos diagonales de luz atraviesan las aperturas de las persianas y van intercalando luz y sombra entre mis pies sobre el añejo suelo rústico.

Cámara sale de su pecho y muestra un collar que lee: «Nombre: Daniel Fernández, Cédula: 8-793-267, Llamar al: 270-9552, Paciente de Alzheimer».

3. DIOS

Agustina Piriz

Una niña que estudia un máster me pidió una breve entrevista para su ramo al cual no ha asistido mucho en la universidad. Me lo pidió a través de una mediocre oración que rezó a las dos de la mañana después de haberse bebido solo una copa, según ella, rogándole que le entregara algún tipo de información sobre mi vida privada.

No tengo, partamos desde ahí.

No existe el cielo como tal, no vivo arriba de nadie, vivo en Fuenlabrada. Un polígono industrial donde absolutamente nadie me reconoce porque me muevo entre los mortales como gas contaminante. Y pensé, ¿cuál puede ser la manera de pasar más desapercibido donde nadie me moleste ni me reconozca? Fuenlabrada, Madrid. Me encanta.

Mucho se dice de mi vida privada, me atengo a lo que mi religión dicta y es que entregué a mi hijo, que nunca vengo a la tierra, que soy soltero bla bla bla. Todo es cierto y creo que deberíamos empezar por decir que, obviamente, mi hijo no es mío verdaderamente. Creo que María engañó a José con otra persona y me cargó con la culpa a mí, inventándose, literalmente. Existo gracias a unos cuernos. Segundo, como hijo mío no es y nunca lo he conocido, cuál sería mi problema en entregarlo a Poncio pilates o como se llame. Y tercero y más importante, ustedes no dimensionan el lío que se armó con la pareja que yo tenía en el momento en el que empecé a existir, me dejé, claramente.

Ahora soy un líder al que están esperando que venga o que envíe a su hijo y yo solamente quiero sentir el sol y la música, especialmente el *bedroom pop*, es mi género musical favorito. Me encantaría también hacer *grounding*, pero no tengo pies, entonces no puedo tocar el césped.

Ustedes se preguntarán, este ser pareciera estar muy actualizado... Claro que sí, mi pasatiempo favorito es pasear por los vagones del metro y espiar las conversaciones de WhatsApp, ver qué subió Julia Fox en Instagram o algún Tik Tok de algún *get ready with me* o lo que sea. También les mando un karma rápido y

efectivo a los hombres que hacen *manspreading* y distraigo a los guardias cuando alguien quiere saltarse el torniquete porque al paso que van, van a terminar pagando cinco euros por un viaje no combinado.

Creo que nací en la generación equivocada.

No.

Creo que me inventaron en la generación equivocada.

Si alguien me hubiera creado en los 2000, Brad Pitt me hubiera interpretado a mí y no a la muerte, cosa que me sigue molestando muchísimo.

No he creado nada, todo estaba hecho, los árboles, el mar y las montañas.

Si hubiera podido crear algo, quizás lo hubiera abandonado, porque me cuesta ser constante en lo que me gusta y pierdo la fe en ello en cierto punto.

Si hubiera podido crear algo, haría vías de tren a lo largo del océano para la gente que le da miedo volar.

Si hubiera podido crear algo, no hubiera incorporado las moscas a este planeta.

Si hubiera podido crear algo, hubiera hecho las cosas diferentes, te hubiera mandado más señales de amor, habría recordado tu cumpleaños y succionado el olor de tus flores favoritas para luego enviártelo como el humo. Hubiera escuchado la música que me pasabas y analizado la letra para saber que eran para mí y hubiera sacrificado a mil niños que no eran mis hijos para poder amar al nuestro.

Agustina, la verdad es que esta es una carta para mi ex. Si la pudieras publicar en Twitter o algo, estaría muy agradecido y como recompensa te mandaría las botas altas en punta que tanto llevas buscando, porque quien inventó ese dicho de «Da sin esperar recibir nada a cambio» nunca recibió un regalo.

De antemano muchas gracias,

Dios

4. DE MARRÓN A VERDE

Mariano Ortega

«Ahora comienza», pensó para sí misma en el borde de la lucidez y el sopor.

Rojo, el interminable e impenetrable rojo que solo provoca desespero. Sintió que sus piernas ya habían andado aquel camino, ya había visto el paisaje y sabía las vueltas que daría, ahora estaba en su terreno. Ya no padecía la prisión, la habitaba. Lo miró todo. Los gestos del rojo. Lo ondulante de la vida y el destino inalterable de la consecuencia de vivir.

Con sus ojos marrones casi verdes vio uno, dos, tres, cuatro y más escalones. Se apilaban mientras bajaban y se alejaban cuando subían. El vértigo de la distancia se diluyó de golpe debido a la mancha roja sobre rojo. Llegó como una cachetada que interrumpe un beso.

Con sus ojos verdes casi marrones comprobó cuán frágil es un cuerpo cuando se estrella contra el piso, sobre todo si cae desde una gran altura. Mientras más vivía en el rojo del sueño, más aceptaba el momento futuro que al despertar se quedaría en sus pupilas, esperando acaecer de un instante a otro.

Puntualmente estaba en la estación. Se pellizcaba el brazo como una sutil comprobación para saberse despierta y descubrir el momento y el lugar en donde sucedería todo. Miraba hacia el futuro desde sus pisadas en presente, tratando de descubrir a quién podía alcanzar el destino. Se preguntaba: «¿Por qué lo veo? ¿Será una maldición? ¿Cuándo terminará? ¿Ocurrirá hoy? O quizá, ¿es mi tarea hacer que ocurra?»

Y esa última pregunta se sembró en su mente.

5. LAS GOLONDRINAS VOLVERÁN EN LA PRIMAVERA

Gaby Rascón

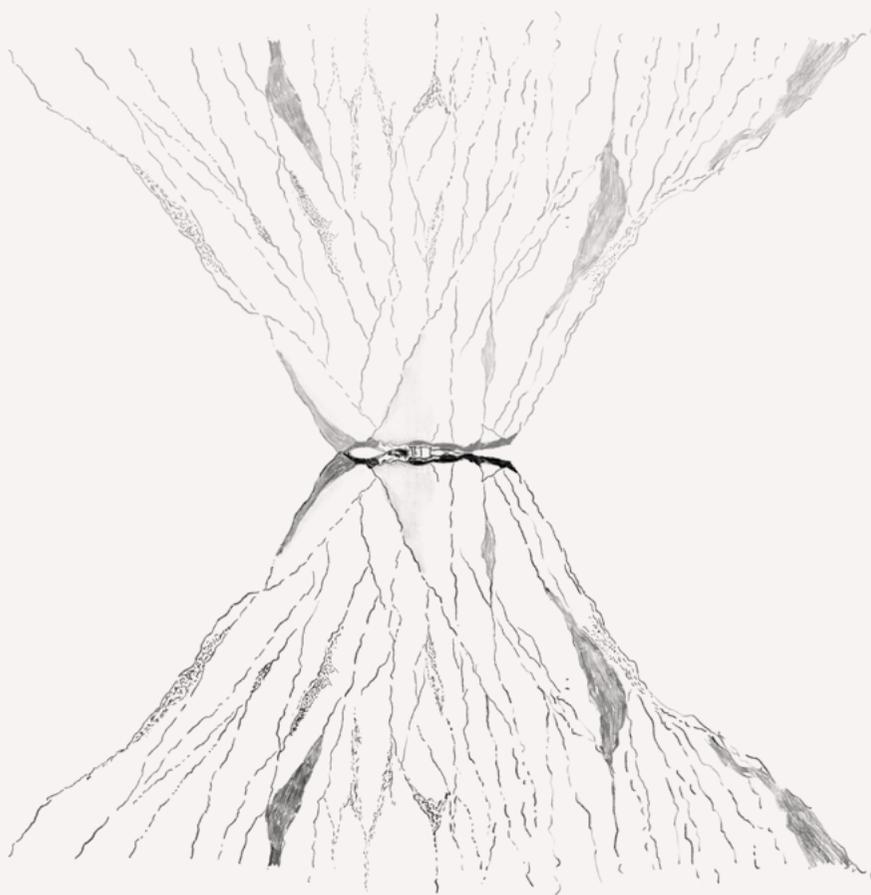
Últimamente me hablas poco o quizá yo hablo mucho ¿no te aburres con lo que te cuento? Mejor no digas nada, porque tuve un mal día y no quiero pelear contigo. Esther sonríe mientras le coloca la mano en el hombro, Jesús suspira, como relajándose un poco.

¿Te has dado cuenta de que las golondrinas no regresaron esta primavera? Qué curioso ¿no lo crees? A mí no me gustaba que anidaran en el zaguán. Siempre estaba lleno de mierda, y luego al que ponías a lavar el piso era a mí; tremenda friega que me metía.

La verdad, el nido sigue ahí porque te prometí no quitarlo, si por mi fuera ya no existiría.

«A ver... por favor, no me mires de esa manera», le dijo Jesús mientras Esther se acercaba a la ventana.

Cuando Jesús se la llevó a vivir con él, una pareja de golondrinas comenzó hacer su nido en esa casa, así que Esther le pidió a Jesús que de regalo de cumpleaños le hiciera una fuente, decía que el agua purificaba la tierra y el canto de las aves traía la abundancia. Y aunque le cumplió su deseo, nunca corrió



agua por esa fuente.

¿Acaso te llevaste a las golondrinas contigo? Creo que ellas ya saben que te has ido, el psicólogo dice que tengo que lavar las sábanas de tu cama, que ya es hora de dejarte ir, pero si debo culpar a alguien, ha de ser a tu perfume, el cuarto aún huele a Chanel N° 5, cómo no pensar en ti, si veo tu silueta recorriendo la casa, dejando esa delicada estela de aroma.

Ya han pasado cuatro meses, Esther, qué rápido corre el tiempo ¿verdad?

Voy a aprovechar que luces muy contenta para confesarte algo.

Aún no lavo tu ropa, no es por falta de tiempo, ni por falta de ganas, es porque no me atrevo a tocar tus cosas, ¿Verdad que a ti no te gustaba que anduviera de metiche agarrando lo tuyo? Eso mismo le dije a Juan, sí, mi psicólogo. Son cosas que ellos no entienden. Pero tú y yo sí.

Por cierto, me subió la dosis del medicamento, pero no te preocupes, no me las voy a tomar, no las necesito, pues ni que estuviera loco. Lo único que necesito es sentarme aquí junto a la ventana, voy a esperar otra primavera para ver si regresan las golondrinas, aunque más me gustaría que volvieras tú.

6. NIÑA LAVA

Lila Izquierdo

Hola,

Me acuerdo el día que me dijiste que tenía que ver más películas. A veces nos peleábamos mucho por las que a mí me gustaban, siempre nos criticábamos mutuamente. De vez en cuando construíamos un puente. Lo abríamos porque nos conocíamos y sabíamos, más o menos, como tocar las tripas del otro. Más allá del profundo humor que creo tener, siempre lo lírico fue un éter en el cual me supe acomodar.

Nunca supiste cómo lidiar con mis ataques. Sabes muy bien, no es ficción, hay un verdadero volcán que erupciona constantemente. A veces me da vergüenza porque siento un adentro lleno de lava, recovecos oscuros y constantes batallas. Hago un esfuerzo para llevar a la luz el cuchillo que corta el entretejido nervioso. Sé y siento la vehemencia con la cual te estoy diciendo todo esto.

Me acuerdo cuando fuimos a la cancha de Boca en Buenos Aires. Te quedaste sorprendido, fue una visualización de las fuerzas que operan mi nacionalidad. Los bombos y los platillos son un recibimiento barroco al descenso de los infiernos. Excesos y placer, luego la ausencia devastadora de tener una relación

menguante.

Lo mejor y lo peor de los dos mundos. Criada por abuelas amantes del queso brie en la ciudad de la furia. De barrios con olor a jazmines al adentro del barrio de los autos quemados. Mi tío pasado de vueltas en el coche y el Country club con la cancha de tenis a la derecha.

Los dos habilitamos esos espacios, me acuerdo que me decías que era un poco autista. Me decías que era muy extraña mi forma de comunicarme con los demás. Incluso en inglés, había días que parecía que podía ser un atlas y otros vagamente se me escapaba una intermitencia. Igualmente te asombraba como hacía amigos y vos te aferrabas a tu tortilla de patatas como bastión colonizador. Y es que, amor, a nadie le importa de donde sos.

Me acuerdo la primera vez que nos dimos un beso, fue tan lindo. En un subsuelo por supuesto, me hablaste de tus temas con la actividad volcánica. Tus infinitos miedos y sobre todo el miedo al monstruo. Nada de eso me apabulló, todo lo contrario. Quería arrojarme en caída libre, quería mostrarte todos mis talismanes. Deseaba imperiosamente hablar con la bestia, hacerme amiga.

Yo creo que a veces, en secreto, lo pensás también. Posiblemente hoy no tengas que preguntarte cómo salir de casa sin empaparte de lava. Posiblemente tengas recursos a prueba de balas y vivas dentro del sueño de tus padres. El monstruo estará comiéndote o lo tendrás amordazado haciendo chillidos agudos.

En fin, no podemos, ni puedo vivir de lo que podría haber sido porque, aunque pudieras apreciar las maravillas seguramente me destruirías y ni siquiera me quedaría para hacer un museo. Construir un imperio lleva mucho esfuerzo y vos sos muy perezoso. Yo siempre en todos los cumpleaños dije que quería ser reina y nunca pensé en compartir mi reino.

Mi mayor intento con esta carta más allá de lo lasciva y cí-nica que soy intentando provocar un incendio forestal, es sacar un paño ensangrentado blanco por la tapa de mi tanque de guerra y armar una tregua. Como la película del pianista del gueto de Varsovia, vos empezás a tocar el piano, yo me conmuevo y te de-jo ir.

Not today, not today.

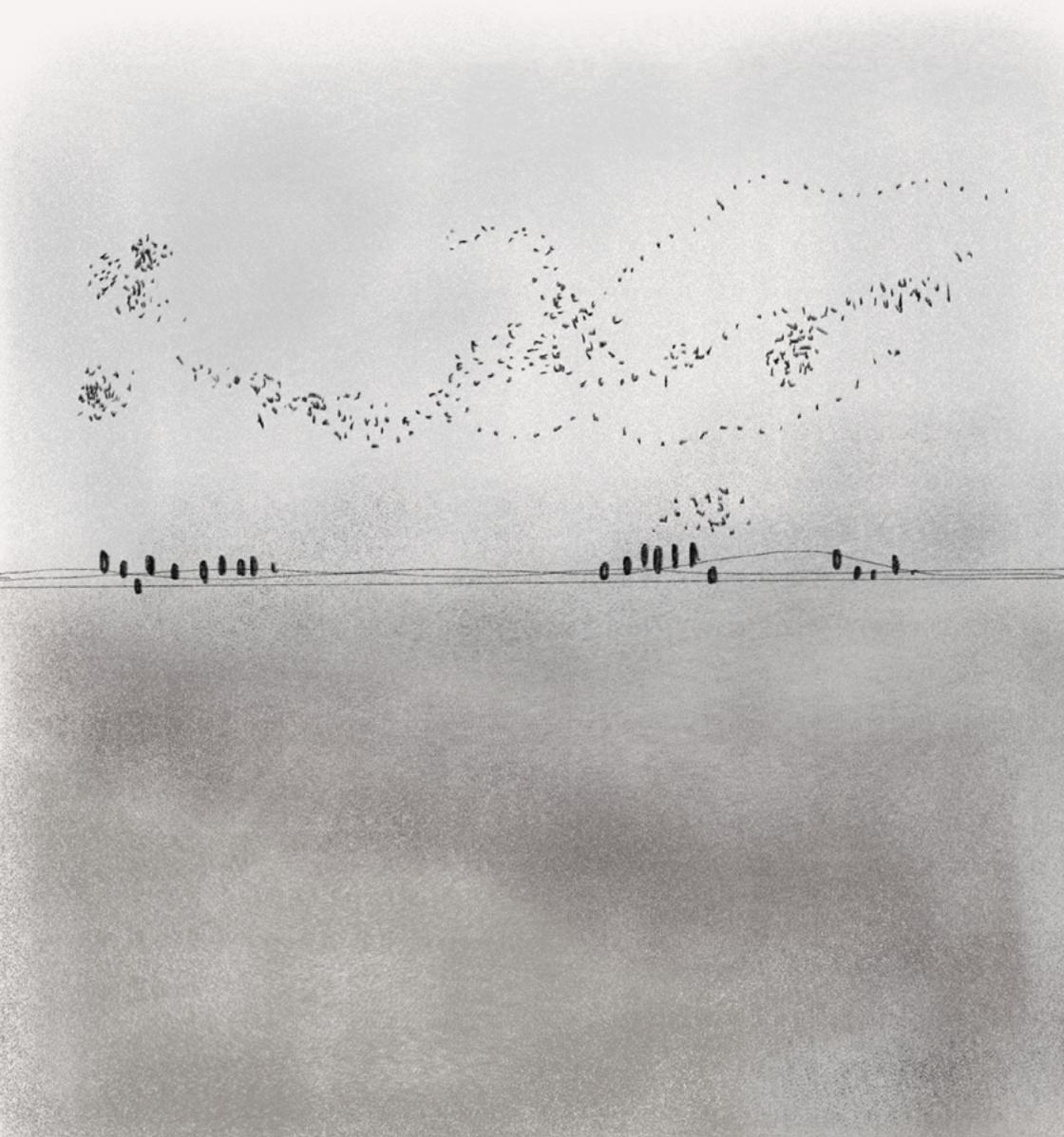
Como el romancero que me regalaste de Lorca, te dedico:

La luna vino a la fragua
Con su polisón de nardos
El niño la mira, mira
El niño la está mirando
En el aire conmovido
Mueve la luna sus brazos
Y enseña, lúbrica y pura
Sus senos de duro estaño
Huye luna, luna, luna
Si vinieran los gitanos
Harían con tu corazón
Collares y anillos blancos
Niño, déjame que baile
Cuando vengán los gitanos
Te encontrarán sobre el yunque
Con los ojillos cerrados
Huye

Te quiere,

Lila

Sayaka Fujio



Llevo ya un tiempo así. Es una especie de estado febril, no puedo hacer mucho más que estar horizontal, descansando. Diversas visiones y voces se escurren en mi mente y se mezclan con mis propios pensamientos. Trato de sacarme de ese lugar, meditando, cambiando la narrativa, pero una fuerza que brota en mi interior me jala hacia momentos oscuros. Los escucho de lejos murmurar mientras me observan en silencio. No es la primera vez que algo así sucede. Recuerdo haber presenciado un episodio así. En ese caso, pude sorber de la experiencia, era un delirio abierto. Algo a otra escala. Vi muchas estrellas colisionar en cámara lenta. Grandes masas de energía liberadas generando elementos pesados que luego se dispersaban por el espacio. Siento como si mis venas estuvieran rígidas. Quiero moverme, pero estoy pegada al piso, mis brazos están muy pesados, mi cuerpo no responde. Solo puedo mover los ojos, pero no logro enfocar nada. Creo escuchar cómo se mueve mi sangre, al menos siento su flujo pulsante con mucha nitidez. Una novicia se acerca. Trae un puñado de tierra que comienza a frotar sobre mi cuerpo. No me había dado cuenta de mi desnudez. Dice que me está limpiando la suciedad que llevo adentro. Me duele, pero me conforta saber que estoy siendo purificada. Un intenso deseo de unirme a ella se apodera de mí. La abrazo y me excita sentir como ensucio de rojo su traje blanco. Y es que no quiero parar hasta comérmelo todo. Necesito sentir cómo todo ese alimento ingresa a mi cuerpo y ver el contenedor vacío. Aunque sean estrellas colosales o carne de monja. Que quede solo el polvo, y hasta eso me lo voy a tragar. Poco a poco con el dedo, lamiendo mis yemas. No voy a parar hasta que me lo coma todo. No albergo ningún tormento discursivo al respecto. No existe una reflexión en mí, solo un

foco central. Engullir. Quiero sentir cómo se hincha mi interior de tanto que le he metido. Esa tersura en la piel, la tensión de los anillos que evita que algo se derrame. Si alguien viniese y me hiciera un tajo, allí, justo donde tengo más hinchado, ¿me meterían la mano? Para sentir con deleite todo lo que he comido. Y es que un hambre sin causa no hay cómo saciarla.

8. CABEZA DE ALMOHADA

Alejandro Jaos

El espejo redondo del techo le hace una foto a mi cuerpo desnudo que acaba de despertar. El parpadeo de mis ojos, que aún no se pueden abrir para reconocer la luz de la mañana, multiplica mi cuerpo cada vez que me veo reflejado ahí arriba.

Me estiro, lanzo los brazos y los pies en forma de estrella, luego regreso a una especie de posición fetal mal concebida y me retuerzo como una babosa a la que le acaban de tirar sal sobre su piel.

¡Qué rica es mi cama!

Mis músculos se mueven al ritmo de un sonido que emito con mucha fuerza hasta que va muriendo lentamente. Rápido, me cojo el pene calentito y erecto, muy erecto, y dejo que mis manos escapen de nuevo hacia la almohada, entonces vuelvo a quedar suspendido, entre la decisión de levantarme o quedarme ahí un rato más.

Abro mis ojos y el espejo aún me observa desde el techo. Alzo las manos intentando alcanzarlo y veo a la persona que lo habita hacer lo mismo, le sonrío y él me responde igual.

Mi pene se levanta entre las sábanas y sostiene pequeñas palpitaciones, lo agarro con fuerza para que se calme, pero como un soldado, permanece firme, en pie de lucha. Mis manos regresan a la almohada.

Cierro los ojos. Bostezo. Suspiro. Abro los ojos.

Una mano empieza a reptar entre mis sábanas y acelera su conquista siguiendo mi taquicardia. Nunca me asusto, pero no puedo dejar de ver al espejo graba el momento. El ser pasa por mis rodillas, y luego siento cómo su lengua empieza a mojar mis piernas. Anonadado, cierro y abro rápido los ojos para que se me pase la ensoñación, pero se intensifica aún más. Ahora son dos manos las que se deslizan entre las delgadas telas que me cubren. Levantan mis piernas que ya tiemblan, las abren, las lamen y entonces descubro su voz. Miguel me susurra un ssshhh, mientras su respiración se acerca a mis testículos. Su mano morena se convierte en un tobogán por el que se desliza mi pene. Siento cómo sus húmedos labios dan pequeños besos mojados alrededor de mi glándula y su lengua baña como un gato todo el cuerpo venoso y débil.

Mis ojos se abren cada vez más y lanzo un gemido al espejo que lo recibe mientras sostiene el cuerpo retorcido de excitación. Mi cama se lamenta, mi reflejo en el techo no logra detener mis movimientos y a Miguel se le oyen las arcadas mientras mi pene, ya lleno de baba, se esconde dentro de su boca. Sus manos frías agarran con determinación mis nalgas mientras mis caderas se alzan con fuerza y se mueven sin coordinación.

Noto que las almohadas han desaparecido y mis manos bajan hasta agarrar la cabeza de Miguel. Mi miembro sale de su boca y como si fuera un pincel lo paso por cada detalle de su rostro: sus ojos, sus cachetes, sus cejas, todas sus comisuras, acaricio las lágrimas que han escapado por su ahogo, hasta regresar a sus labios que esperan con paciencia y se abren de nuevo para devorarlo, pero esta vez despacio, muy despacio. Yo suelto otro gemido y la vista en el espejo se vuelve borrosa.

«Me voy a correr», le escucho a Miguel. Entonces siento las sábanas empapadas de sudor y me excito más, me retuerzo y una ráfaga de imágenes de Miguel haciendo el amor con otras personas empiezan a aparecer: Sandra, Federico, Antonio, Alejandra... todos, todas en un mismo orgasmo.

Las palpitaciones se apaciguan y yo me miro en el espejo mientras libero a la almohada que tenía sometida contra mi pene y observo el esperma que se mueve como gotas de lluvia sobre mi vientre.

Me miro en el espejo, sonrío y me digo: «¡Ahora vas a llegar tarde, por arrecho, Miguelito!»



9. PUNTO DE CARAMELO

Malu Peña

Ingredientes:

- Panela
- Agua
- Hojas de limón

Entre todas sostenemos la panela en ladrillo, la olleta, el pocillo tintero, la cuchara de palo y un vaso de agua por si hace falta. A las seis de la tarde nos reúne Titi alrededor de la piedra que está entre la cascada y el árbol favorito del abuelo. Ese árbol gigante que se ilumina por las noches. La mezcla se prepara en una olleta, que es una olla alargada donde generalmente Irene hace el chocolate. Primero, ponemos la panela y un pocillo tintero de agua a que hiervan juntos hasta dar punto de caramelo. «Acuérdense, el punto se mide sacando un poquito del melao y si se deja estirar sin que se pegue en el dedo, está listo».



10. PRETTY BOY

Leah Liu

Su nombre es Pretty Boy, algunos dicen que Pretty Boy es un chico, otros creen que es chica, nadie está seguro. Pero todo el mundo puede estar seguro de que su aspecto es bonito, como su peculiar nombre dice. Tiene una belleza que trasciende el género, incluso puede decirse eso. Las marcadas venas de sus brazos huelen fuertemente a flores, y sobre sus ojos suaves vive un par de cejas increíblemente afiladas que parece cortar los ojos de los demás cuando lo miran.

Pero lo más importante, él es como un genio surgido de un encuentro feliz, y los pensamientos inocentes y puros de que nunca le harían daño flotaban a su alrededor como polen primaveral. Nadie puede rechazar esta belleza impresionante y la inocencia con la agresividad.

Las personas que le conocen quedan fascinadas por él, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Les fascina con la misma naturalidad que si respiraran aire. A Leslie le pasó lo mismo. Cuando conoció a Pretty Boy no podía ni creerse que existiera en el mundo un ser tan hermoso, y mucho menos que apareciera en su vida de forma tan repentina e inesperada como un ciervo salta a la nieve.

Pretty Boy le dijo:

--Me gustan tus ojos, tienen la profundidad del vacío.

Fue esa frase del cumplido banal el que enamoró a Leslie. Era un amor tan fuerte como un tornado azotando un páramo sin lími-

tes, destruyendo todos los obstáculos a su paso con una fuerza veloz, silbando a través del océano, derribando sin piedad los templos de Atenas, incendiando los bosques de la India con los pobres tigres, y convirtiéndose después en una tormenta de arena del desierto de Arabia, sepultando toda la exótica ciudad en la arena.

El tiempo de Leslie ya no se movió paso a paso como una corriente de agua, sino que se dividió en dos partes paralelas: el tiempo que pasa con pretty boy y el que pasa sin él. Cuando estaban juntos se acariciaban las puntas del pelo, intentando recordar el tacto de cada mechón. Cuando no estaban juntos, Leslie se tumbaba sobre las sábanas que más o menos aún conservaban el recuerdo del sexo por la tarde y dormía con la ropa puesta. Los días increíble son como una camisa mal abotonada, capa a capa, iban perdiendo su conexión con la realidad.

Todo terminó en un momento naranja que nadie sabe si era el atardecer o la madrugada. La cansada luz del sol se desparrramaba por el cuarto como un zumo fermentado. Leslie y Pretty Boy estaban tumbados en la cama. El sueño post-sexo se cayó silenciosamente como una enorme red negra sobre la cabeza de Leslie, él parecía yacer tranquilamente en el fondo de un lago. Pretty Boy hacía todo lo contrario, se subía encima de Leslie y lamía incansablemente las cuencas de los ojos de Leslie con su lengua cálida. Los lametones comenzaron a mezclarse con los mordiscos inconscientemente, hasta que Leslie fue sacada del sueño por el dolor.

---Bebé, qué estás haciendo, me duele.

---Te lo dije antes, me gustan tus ojos.

Pretty Boy no quiso parar, sino que empezó a torturar los ojos de Leslie con las manos juntas, una inoportuna mirada de dureza se deslizó por su rostro inmaculado.

---¡Para, para! Por favor, no puedo más.

La cara de Leslie se contorsionó en una raíz dolorosa.

Las cosas dieron un giro aterrador en la dirección previsible. Pretty Boy finalmente le arrancó los ojos a Leslie con sus hermosos dedos transparentemente blancos, tan hábil y suavemente como si estuviera arrancando una uva de un estante.

Sin esperar siquiera a que Leslie dijera una palabra, Pretty Boy salió de aquella cuarto naranja con los globos oculares en

las manos.

Lo que Leslie nunca supo fue que Pretty Boy, perfecto como era, todavía se sentía inseguro con sus ojos, odiaba los sucios patrones de sus pupilas, así que siguió buscando el par perfecto, los ojos puros.

Nadie sabe a dónde fue Pretty Boy, como un grano de arena vuelva al desierto, desapareció absolutamente. Algunos dicen que por fin consiguió el ojo del sueño y que nadie volverá a sufrir daño alguno. Otros dicen que acabó intercambiando los ojos con un gato negro y se fue a vagar a otra ciudad donde se desconoce su nombre.

11. QUERIDO WILL,

Nacho Pajín

Querido Will,

Antes de que sigas buscándome, lee esta nota hasta el final. Primero, debo agradecerte que hayas confiado en mí, después de años apartada de los focos, para llevar el peso de tu primera película. Imagino que, como cineasta joven, no habrá sido fácil defender a una vieja gloria delante de un comité de ejecutivos trajeados apesando a champán y coño de veinte años. Aún diría más, gracias por tratarme como una reina durante el proceso. Decidiste llevarme de Los Ángeles a Las Vegas en tu coche, sabiendo que odio volar, provocando la envidia de mis compañeros. Es normal que tanto ellos como el personal del hotel sigan preguntándose si hay algo más que estrictamente profesional en todo esto. Ni yo misma lo sé. ¿Quién podría culpar a Rita por marcharse del set de aquella manera? Fuiste demasiado duro con ella. La pobre no tenía tantas tablas como yo. Era tan impulsiva que pensó que era buena idea conducir en su estado de agitación, solo para acabar saliéndose de la I-5, en un accidente bastante sospechoso. Creo que ya se había producido la muerte cerebral cuando la excusaste por su ausencia en la rueda de prensa.

Pero el espectáculo debe continuar, tú lo sabes mejor que nadie. Así pues, ¿Qué hiciste? Irte de putas. Bueno, de showgirls, no faltemos el respeto a las putas. Y lo mejor es que no quisiste que me lo perdiera. ¿Qué esperabas? ¿Que te aconsejara desde el otro lado del reservado? «Sí, esta tiene un culo parecido al de Rita: el público no se dará cuenta del cambio». Al final te decantaste por Marion. Era joven, guapa, carismática. Lo reconozco: de tener un rabo entre las patas, a mí también se me habría levantado. Además, Marion era fan mía.

3355 LAS VEGAS BLVD. SOUTH
LAS VEGAS, NEVADA 89109
702-733-5000



¡Cómo no! Yo también había interpretado a una chica de su categoría veinte años atrás. Pero lo mío era una película, y al acabar, me encerraba en mi tráiler para quitarme el maquillaje y ensayar la escena del día siguiente, en lugar de ir a darle un masaje con final feliz al director. Sí, os escuché la otra noche entrar en tu habitación. No solo porque ibais tan borrachos que parecíais una pareja de elefantes en una cacharrería, sino porque luego salí al pasillo en bata, así de comprometida estoy con la causa, y acerqué la oreja a tu puerta. No sé cuánto tiempo permanecí allí, pero os oí gemir de principio a fin: ella paró un momento porque se sentía observada. El resto de la noche no pude dormir. Por eso llegué tarde al set al día siguiente... pero bueno, vosotros también.

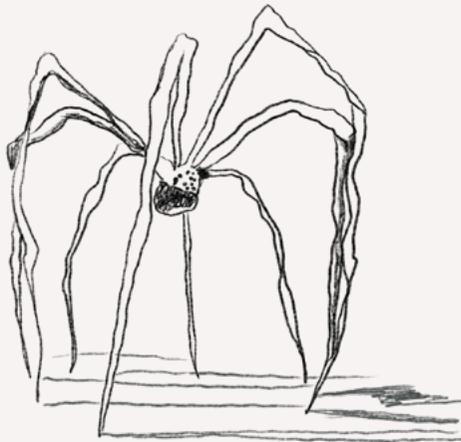
La noche en que decidiste llevarnos a las dos a bailar, y os metisteis aquellas rayas de coca en la limusina, yo me había pasado el día entero sin comer para caber en el vestido. Ni en ayunas logré que todo el alcohol que ingerí me nublará la vista lo suficiente como para encontrar atractivo al viejo que intentó manosearme en los baños. Por cierto, ¿sabías que salimos en la portada del Las Vegas Sun? Lo vi el otro día en el salón de belleza, mientras trataba de reclamar la juventud que me ha sido arrebatada. El tinte y el asial no duraron, de modo que ahí fue cuando succumbí a los inyectables. Tampoco parecieron gustarte, además de causarme una reacción alérgica. Te pido disculpas por las manchas de sangre que hay en esta nota. Acaba de repararme la cara con un trozo de espejo de mi habitación. Confío en que la actriz que encuentres para reemplazarme me haga justicia.

3355 LAS VEGAS BLVD. SOUTH
LAS VEGAS, NEVADA 89109
702-733-5000

Besos,
XX CHASTITY X

12. EL UNIVERSO ES ALGO ASÍ COMO UNA ARAÑA O UN ESCUPITAJO

Santiago Colombo Migliorero



Aquella noche, a pesar de la lluvia, salieron a caminar los dos, aprovechando que serían sus últimas horas en la ciudad. Bajaron los 96 escalones que corresponden desde la quinta y última planta. Él los tenía contados, incluso había descubierto que, yendo de dos en dos, era capaz de subirlos de un saque sin respirar.

Digo noche, aunque en realidad no es más que una mera generalización. En realidad, era esa hora del día que no corresponde ni al día ni a la noche. 18:20 h. específicamente. Era abril y el cielo ya estaba oscuro, pero no se podía saber con seguridad si era por la llegada de la noche o por las nubes de lluvia. Caminaron sin rumbo fijo por las calles de adoquines, sin darle mucha importancia a la lluvia fina que caía constante, al fin y al cabo, siempre estaba lloviendo. Marchaban en silencio y con paso firme, cualquiera que los viera pensaría que sabían exactamente a dónde iban.

Luego de cruzar el río les llamó la atención un busto de Alexander Fleming desnudo, con sus pectorales fornidos al aire. Les causó gracia pensar en la representación que habían elegido para el descubridor de la penicilina, quizás causada por el estereotipo que asocia a científicos o cierta clase de pensadores con personas mayores o descuidadas físicamente.

--Escribir siempre es difícil al principio, pero le vas agarrando el ritmo. Como caminar o vomitar --dijo ella como al pasar, posiblemente volviendo a una conversación anterior y que

ahora aparecía *in media res*.

Sí, es verdad, pensó él asintiendo, pero no dijo nada. Se mantuvo pensativo mientras avanzaban en silencio, un silencio confortable que les permitía observar el paisaje.

En esa época del año la ciudad se llenaba de esos extraños conos negros, algo más altos que una persona, que caminaban como penitentes entre los autos. Iban en manada, con un levitar algo inquietante y que, en este entorno de lluvia y noche, fácilmente causarían miedo a cualquier extranjero desprevenido. Aunque ellos ya estaban advertidos, era mejor no mirarlos fijo ni llamar su atención al pasar.

Ya eran las 19:50 h. y no había dudas de que la noche había llegado. Algunos negocios comenzaban a bajar sus persianas unos minutos antes, posiblemente movidos por las ganas de volver antes a casa. Las arañas también comenzaban a salir a estas horas y, aunque parezca para algunos un escenario onírico y pesadillesco, había siempre algo de maternal en ellas. Se las veía detenidas en varias zonas de la ciudad, apacibles, como cuidando a los transeúntes bajo el cobijo de sus ocho patas en forma de nido. Vieron a varias de ellas quietas mientras pasaban por una de esas vastas paredes de hierro. Podían ver su respiración lenta y armoniosa, sus decenas de ojos confundían la mirada y no podían saber a ciencia cierta si estaban mirándolos o no. Tuvieron ganas de acariciar a alguna, como un pequeño gatito, pero se contuvieron. Su serenidad era contagiosa y no querían que su gesto de caricia se malinterpretara y así incomodarlas.

Se acordaron de ese pensador que, al afirmar que el universo es informe, lo comparó en forma con una araña o un escupitajo. Si el universo no tiene límites, es entonces un sustantivo abstracto. Como una bola hecha de chicles masticados, un contenedor sin forma. De repente, un cartel sobre una puerta de vidrio llamó su atención. Restaurante chino Misterioso. Pensaron que era una de esas revelaciones poéticas del destino y, viendo que ya era la hora de la cena, entraron por la puerta sin dudarlo.

13. LA VIDA DE LAS MONJAS

Laura García Bautista

La vida de las monjas es de lo más curiosa para nosotros. Desde el origen, cómo y por qué deciden entregarse a ese sacrificio, hasta su vida en sociedad o dentro de la institución.

Empezamos por declarar que yo vivía con ellas, por lo que esto es algo que conozco muy bien. Bueno, yo y cincuenta chicas más. Recuerdo que cada mañana, cuando me levantaba a las 8:45, escuchaba los cantos desde mi ventana. La capilla estaba dos plantas por debajo de mi habitación. Al principio me resultaba raro e incluso incómodo, pero me acabé acostumbrando.

Las hermanas se levantaban a las 7:30. Se ponían el hábito y comenzaban el día rezando. A las 8:00 se celebraba la misa en la capilla y debían de acudir en ayunas. A las 9 acababa la ceremonia. Al finalizar, desfilaban de una en una por los largos pasillos de la Casa. Todas vestían con el hábito, el velo gris que hacía juego con el cabello blanco que cubría y zapatos negros. Todas llevaban un rosario y una Biblia bajo el brazo.

A las 9:08 sor Herminia y sor Dolores, que siempre iban juntas, entraban al comedor. Saludaban a quienes había allí y retiraban el desayuno. Luego, pasaban la mañana rezando, preparando el comedor y atendiendo a las necesidades del personal que aquí trabajaba. Sor Modesta se encargaba del orden, limpieza y las flores de la capilla. Sor Prado pasaba la mañana en el taller de costura. Sor Pilar, que era la superiora, pasaba más tiempo

fuera que dentro de la Casa; siempre tenía reuniones y viajes que hacer. Sor Fátima, se encargaba de las flores del jardín y de cuidar a Chuli, un gato que nadie sabe cómo había llegado hasta ahí. Sor Antonia se ocupaba del centro social, atendía a decenas de mujeres desempleadas y sin recursos. Sor María José llevaba la contabilidad de la residencia. Sor Mari Ángeles pasaba los días en su despacho creando carteles para anunciar las actividades y reuniéndose con las chicas para saber cómo estaban, sus intereses y, obviamente, si tenían o no novio y si se iban a pasar el fin de semana fuera. Por último, sor Mercedes, que con noventa y dos años era la más mayor, dedicaba la mañana a leer el periódico en la portería y se entretenía con todo aquel que entraba o salía. Todo esto era un día normal en el que no había alguna visita especial o alguna hermana enferma, que entonces todo se alteraba.

Llegaban las 13 y era su turno de comer. Ellas almorzaban pronto para entre las 14 y las 16 poder dedicarse a servirle la comida a las chicas que llegaban de clase. Luego, con la ayuda de Reme y María, limpiadoras, y de Isabelita, la cocinera, se recogía la cocina y todo el comedor.

Por fin era su momento de descanso. Permanecían retiradas hasta las 18. Después, volvían a aparecer para ponerlo todo en orden y, muchas veces, salían a pasear antes de la cena, sobre todo cuando hacía buen tiempo. Aunque, eso en el Sur no es muy difícil. A las 20 todas ellas se reunían para cenar. A las 21 ya estaban listas y con los delantales acomodados porque todas las chicas acudían al comedor a la vez. A las 22:30 ya estaba todo recogido para el día siguiente y volvía la tranquilidad. Paseaban por la casa y a veces organizaban actividades o reuniones tras la cena. Antes de dormir, sobre las 23:30, sor Herminia y sor Dolores pasaban todas las noches por la sala de estar. Decían que no podían irse a la cama sin darle las buenas noches a «sus niñas».



LAVA

PRODUCCIÓN

Sayaka Fujio
Laura Díaz Sanjur

DISEÑO

Leah Liu
Nacho Pajín

ILUSTRACIÓN

Santiago Colombo
Malu Peña
Agustina Piriz

MAQUETACIÓN

Mariano Ortega
Laura García

COORDINACIÓN

Lila Izquierdo
LuCa Ayres
Aleandro Jaos
Gaby Rascón

EDICIÓN

Paz Olivares

Nos gustaría expresar nuestro agradecimiento a Ana Alonso, Ana Fernando, Camilo Mutis, Jaime Vallaura, Isabel Hueso, Covadonga Elasco, Nico Amateis, la Escuela SUR y al Círculo de Bellas Artes.

*Este fanzine se imprimió en el mes de mayo de 2023
en la ciudad de Madrid con una tirada de veinte
ejemplares y es el último documento no redactado por
ChatGPT.*



